

**Por: Juan M. Cardona Acosta**  
**Primer Premio Poesía**

**Estás Donde No Llegan Las Tormentas**

Estás donde no llegan las tormentas  
más allá de la angustia y de las lágrimas.  
Entre luces y sombras que se filtran  
por las raíces de las yerbas húmedas  
yaces en dulce sueño permanente.

Gracias por tu morir tranquilo y quieto  
por la serenidad de la mirada  
con que iniciaste el viaje hacia el silencio.

Me enseñaste el cambio de la vida  
y hoy me enseñas también, padre y maestro,  
que vida y muerte son tan sólo etapas  
de un mismo viaje largo y duradero,  
que quien vive la vida plenamente  
podrá mirar la muerte cara a cara  
y caminar con ella de la mano.

Pero vivir la vida plenamente  
cual la viviste tú, no como viven  
los que se hacen esclavos de la nada.

Vivir un mundo generoso y bueno  
sano y cordial, cual lluvia cantarina

que refresca los ásperos senderos.  
Ese mundo interior que era tu reino  
y es el reino de todos los que tienen  
valor para vivirlo y defenderlo.

El mundo de los panes y los peces  
donde la humanidad cabe en un hueco  
del corazón y siempre sobra espacio  
para que el yo rebelde y tumultuoso  
se siente a reposar junto a la lumbre.

¡Qué sutil transición fue tu partida!  
Un apenas entrar al mundo nuevo  
que ya llevabas dentro de ti mismo.  
El “venga a nos tu reino” consumado  
en la unidad suprema de tu espíritu.

Acá queda rugiendo la tormenta  
y el miedo y la ansiedad anudan voces  
y estremecen los cuerpos vacilantes  
mientras el alma presa se retuerce  
por alcanzar el bien que tu tuviste.

¡Qué don sublime de ser tu hijo eterno  
en un planeta dislocado y ciego!  
Es disfrutar la paz de tus jardines  
y ver la luz en medio de las sombras  
y el reposo en las aguas turbulentas.

En esta hora toda mi alma exclama:

¡Gracias por ser mi padre y mi maestro!

¡Gracias sean por mi madre y mis hermanos!

Por la proximidad que siempre siento

de tu presencia inalterable y pura,

ríos ardientes y vivo de esperanza.

Castillo azul de mi infantil recuerdo

en cuya torre más enhiesta, siempre

habrá un anciano con un libro abierto

y un niño a sus pies contando estrellas...